

MUSEO
DE HISTORIA
DE TENERIFE

ORGANISMO
AUTÓNOMO DE
MUSEOS Y CENTROS



DES - VESTIDOS

Una moda entre dos siglos (1850-1950)



D E S - V E S T I D O S

Una moda entre dos siglos (1850-1950)

Edita:

Organismo Autónomo de Museos y Centros
Excmo. Cabildo Insular de Tenerife
Obra Social y Cultural de CajaCanarias

Propietaria de la colección:

Ana María González-Moro Vela

Autor de los textos:

Margarita González-Moro Vela

Fotografías:

Javier Arteaga Hernández

Diseño gráfico y maquetación:

Fátima Marcos Diego

Impresión:

Contacto Centro de Artes Gráficas

ISBN:

ISBN-13: 978-84-88594-50-1

ISBN-10: 84-88594-50-X

Depósito legal:

TF-1208/07

Editado junio 2007

© del texto: su autor

© de la edición: el Organismo Autónomo de Museos y Centros

Agradecimientos:

Religiosas Clarisas de San Cristóbal de La Laguna

Jesús Rodríguez

Mario Onieva Aleixander

María Josefa Hernández Francés

Presentación

¿Qué interés mueve a un antropólogo o a un arqueólogo a estudiar épocas tan lejanas a la nuestra? ¿Por qué esa fijación por rastrear las huellas de un pasado aparentemente lejano? Es difícil responder a estas preguntas, pero me consta que ninguno de esos estudiosos y especialistas son ajenos a su presente; digo más, es su compromiso con su tiempo lo que les mueve a mirar hacia atrás, pues sólo conociendo lo que fuimos podremos construir aquello a lo que aspiramos.

Es para mí una satisfacción poder presenciar la inauguración de "*Des-vestidos: Una moda entre dos siglos (1850-1950)*", una exposición peculiar por cuanto estudia y divulga uno de los aspectos más próximos, cotidianos, personales e -incluso- íntimos del ser humano: su manera de vestir.

Aparentemente anecdótico o trivial, el vestido se convierte en una pieza clave para desentrañar aspectos económicos, políticos, culturales, filosóficos, religiosos y medioambientales de sociedades anteriores a la nuestra. En efecto, y a pesar de los problemas de conservación que suponen los materiales textiles, el gran poder de observación y la prolija descripción de detalles nos han servido para retrotraer al visitante a otra época, explicándole los pormenores de cada uno de los atuendos que se muestran en las salas. Vestidos de boda, lencería y mantillas, trajes de fiesta o de luto, encajes o pedrerías, colas o dobles faldas..., cualquier detalle es útil para explicar no sólo la moda femenina, sino su sensibilidad, rango social, participación activa en la sociedad..., en fin, su manera de ser y de vivir.

Por otra parte, me complace, así pues, enormemente, contemplar los resultados de este interesante trabajo de investigación centrado en la mujer, en un momento -el actual- tan importante para su reconocimiento, respeto y definitiva equiparación social.

Mi más sincero agradecimiento a la familia González-Moro Vela, a quienes debemos una inusual sensibilidad a la hora de conservar el importante legado textil que presentamos en esta muestra. A ellos y a los que, de alguna u otra forma han contribuido a que esta exposición se lleve a cabo, mi más sincera felicitación.

FIDENCIA IGLESIAS GONZÁLEZ

Presidenta del Organismo Autónomo de Museos y Centros

Prólogo

El material que, bajo el título "*DES-VESTIDOS: Una moda entre dos siglos (1850-1950)*", constituye el objeto de la presente exposición, está formado por un conjunto de piezas de una colección de indumentaria de tiempos pasados, perteneciente a mis allegados y que, sin mérito alguno por mi parte, han querido bautizar con mi nombre. Aunque desde hace muchos años la parte principal de dicha colección habitara mi casa guardada en armarios, altillos y arcones de los que sólo salía a la luz en ocasiones especiales —romerías, carnavales y ceremonias religiosas— la colección se ha hecho ella sola. Sí, las prendas han llegado a mis manos por sí mismas, tirando unas de otras como cerezas enredadas, y yo lo único que he hecho por ellas ha sido darles cobijo, ordenarlas y mimarlas.

El conjunto de las piezas pertenece a un período que, en términos históricos, se corresponde, de forma aproximada, con la Regencia de la Reina María Cristina, el Reinado de Alfonso XIII, la Segunda República, la Guerra Civil y primeros años del Franquismo, es decir, la última parte del siglo XIX y primera mitad del XX.

Como testimonio de una forma de vivir y de ser, los modelos reflejan el ambiente y modos de vida de una sociedad respetable, moderna, urbana y de provincia; en fin, tal y como era en dicho periodo la burguesía tradicional y la clase media ilustrada. Un grupo de personas constituido por familias, no ricas, pero sí económicamente desahogadas: rentistas, funcionarios, comerciantes prósperos, profesionales liberales, etcétera.

El núcleo de la colección está formado por vestuario femenino: vestidos completos, corpiños, faldas, capelinas, abrigos etc.; y sus imprescindibles complementos y accesorios, visibles u ocultos: sombreros, zapatos, mantillas, abanicos, mantones, corsés, camisas, etcétera. La indumentaria masculina e infantil está menos representada. No obstante, se podrán ver algunas piezas interesantes que ponen de manifiesto el hecho de que, en relación con la ropa de mujer, la de los hombres y los niños evolucionó de forma muy lenta, de ahí su gran deterioro y escasa conservación.

ANA GONZÁLEZ-MORO

Propietaria de la colección

Índice

Moda y sociedad	11
La mantilla, el tocado español por excelencia	17
A mal tiempo	21
Ellos	25
La boda	29
Fiestas populares	35
La lencería	39
La elegancia informal	45
Años veinte	49
La silueta femenina	53
El luto	59
Complementos y accesorios	63
Bibliografía	79



Moda y sociedad

La palabra moda, que hace referencia a "Uso o costumbre que está en boga durante algún tiempo o en determinado lugar", se suele utilizar como específica acepción a los usos y costumbres relacionados con el vestir, los tejidos y los adornos.

La moda hoy día está considerada una muy significativa manifestación de la cultura, ya que una forma de vestir equivale a una forma de ser y de vivir. Como la moda es reflejo de la sociedad, se entiende que cada grupo humano viste de acuerdo tanto a sus circunstancias económicas, culturales y medioambientales como a sus creencias políticas, filosóficas y religiosas. Hasta el siglo XIX era totalmente distinto el vestuario de la aristocracia del de las clases medias y trabajadoras, y no se vestía igual en Berlín que en La Laguna, ni en la capital o en el campo. Pero la moda evoluciona con el hombre y, como él, acusa los cambios en sus modos de vida y pensamiento. Posiblemente el mayor cambio en la historia del vestir femenino es el que se produjo a comienzos del siglo XX en Europa y Norteamérica a consecuencia de la revolución industrial y la mundialización de la guerra. Lo cierto es que la incorporación de la mujer al mundo del trabajo en términos de igualdad y autonomía con el hombre supuso un cambio radical en la manera de modelar y cubrir el cuerpo de millones de mujeres. De una parte, porque la máquina de coser y los nuevos procedimientos de teñido e hilatura abarataron la confección e hicieron que la moda se extendiera a estratos sociales económicamente muy distintos; y de otra, porque el cine, la prensa y los nuevos medios de transporte, —ferrocarril y automoción principalmente— la hicieron llegar hasta los más apartados lugares.

Lo dicho para las mujeres en general es también aplicable a la mujer en particular. La ropa, además de proteger y ocultar, es mensaje. A través de sus vestidos, por cómo los adorna y los lleva, puede estudiarse lo que una mujer hace, lo que piensa de sí misma y lo que desea que los demás piensen de ella. Si tomamos como ejemplo el vestido que se ilustra en este capítulo, podríamos imaginar que su propietaria, dada la hechura y el tamaño de la prenda, fuera hacia 1880 una jovencita, —hoy diríamos que una niña— provinciana, casada con un hombre mayor que ella, quizá un respetable comerciante bien situado. Los ingresos de éste le permitirían lucir un traje no bordado ni diseñado en una casa de modas forastera —como los de las damas principales—, sino hecho y cosido a mano por una modista local, que de vez en cuando recibe figurines por correo. Puestos a suponer, una jovencita sencilla y modosa que, las mañanas de domingo, cuando va a la plaza de paseo, si arrastra la cola de su lindo vestido de seda es porque en casa tiene quien cuida de su ropa, y si lleva guantes y sombrilla es por decoro. Porque como bien le recuerda su esposo "la elegancia realza la belleza de la mujer, da prestigio social a la familia, y aumenta el crédito financiero del marido".





Vista posterior del vestido de paseo, de línea polsón.



Vestido de paseo, de línea polsón; consta de chaquetilla falda y sobrefalda, realizado en seda moaré color castaño y confeccionado a mano, lleva aplicaciones de pasamanería. Hacia 1820.



La mantilla, el tocado español por excelencia

Durante siglos, en la cultura cristiana —en otras como la musulmana aun persiste— era costumbre cubrir la cabeza con algún tejido. Una cabeza cubierta, al tiempo que significaba en la mujer una actitud de modestia, por cuanto protegía su rostro de las miradas de los hombres, también era símbolo de sumisión a ellos.

En España, durante mucho tiempo, se usó la palabra mantilla para denominar a la prenda de cualquier color que usaran las mujeres para cubrirse la cabeza. Dice la copla canaria: *"Quiero que te pongas la mantilla blanca, quiero que te pongas la mantilla azul"*. La mantilla podía ser de paño de seda, lana u otro tejido; con guarnición de tul o encaje, o también sin ella. En la actualidad, lo más corriente es que se llame mantilla tan sólo a las de blonda o encaje.

En el pasado, la mantilla se utilizó profusamente como complemento ornamental, tanto en fiestas mundanas como para asistir a ceremonias religiosas. Sin embargo, en algunas regiones era prenda de diario ya que servía tanto de adorno como de abrigo. Ejemplo de ello es la llamada mantilla de casco: una pieza generalmente de terciopelo negro, forrada, que a modo de chal envuelve el tronco. Con un ancho volante de encaje alrededor protege la cabeza, y se extiende por la espalda cubriendo hasta más abajo de la cintura.

La mantilla de blonda y la de madroños, como elemento decorativo de cabeza, se popularizó en España durante el reinado de Carlos IV. La invasión de las tropas napoleónicas provocó una reacción de exaltación de la identidad nacional que se manifestó, en el vestuario de las damas principales, en la adopción de las formas castizas y descaradas de las majas aunque, naturalmente, con una mayor carga de riqueza en los tejidos y adornos.

El uso de la mantilla sobre peineta se mantuvo durante todo el período que abarca esta exposición. Para fechas señaladas, como el Corpus o la Semana Santa, las de color negro; y adornadas con flores, para asistir a las corridas de toros, las blancas o de color.

En la actualidad su uso ha decaído, aunque no ha desaparecido totalmente. La utilizan las mujeres de la familia Real en sus entrevistas con el Papa; en algunas bodas es el tocado de la novia o la madrina, y se la puede ver en alguna fiesta militar como en el Madrinazgo solemne de una bandera Española.



Mantilla de madroños con forma de casco y delantal de seda bordado de estilo majo, hacia 1860.



A mal tiempo

Buena capa, podría decirse tomando prestado el comienzo de un conocido refrán. En esencia la capa no es más que una especie de manto que, como éste, se lleva por encima del vestido, bien para adornarlo o cubrirlo, bien para abrigar. La capa se distingue porque carece de mangas y va abierta por delante; cuelga desde los hombros y envuelve el cuerpo hasta la cintura o más abajo. La sencillez de su confección y el hecho de no depender de las medidas corporales de quien la lleve, propició que durante siglos fuese la prenda de un uso más extendido, tanto para hombres como para mujeres, jóvenes, ancianos, ricos o pobres.

De la capa hay quien dice que es "memoria tejida de nuestra historia"; que evoca tercios guerreros, conspiraciones, intrigas y aun graves disturbios, como los que sucedieron en el XVIII cuando de la longitud de la capa se hizo cuestión de estado y el pueblo se amotinó contra el rey y su ministro el extranjero Esquilache. De entonces le viene a la capa su carácter de prenda muy española.

A finales del XIX, aunque en el resto de Europa ya se impone el gabán, España sigue considerando que la fórmula más cómoda, práctica, económica, duradera y elegante de protegerse contra el frío y la lluvia es la capa en sus múltiples variantes. Para los varones las más conocidas: la madrileña o pañosa, un círculo completo de paño azul oscuro o negro, con esclavina y embozo de terciopelo; la castellana, parda sin vivos; la catalana con capilla galoneada; la andaluza de esclavina corta y menor longitud; y en Canarias la peculiar manta esperancera, una capa de doble manto, de lana blanca sin batanar. Para la mujer, puesto que el volumen de la falda no le permitía la capa larga, la alternativa fue la capa hasta la cintura. Las utilizadas para la salida de un baile o del teatro iban muy adornadas de bordados y pedrerías y solían ser de color negro o gris porque entonaban con cualquier traje. Otro tipo de capa era "la visita", una especie de sobretodo con abertura para sacar los brazos manteniéndolos sujetos al cuerpo hasta el codo. Las capas y la visita dan la impresión de holgura, hacen olvidar la existencia del corsé y los varios estratos inferiores, pero en realidad eran como ellos, piezas opresoras, limitadoras del movimiento.

El uso social de la capa no empezó a disminuir sino hasta principios del XX. Entre las clases populares y en algunas profesiones como prenda de abrigo, por su comodidad, duración y buen precio se mantuvo durante muchos años más. Somos muchas las personas que aún las recordamos vistiendo a enfermeras, estudiantes, Guardias Civiles, sacerdotes, campesinos, peregrinos, etc. Hoy aún quedan algunos nostálgicos que la siguen utilizando, lo que les da motivo para constituirse en asociación, son "Los amigos de la capa". Dicen con orgullo que *"el gabán se pone, pero que la capa se lleva"* y que, para ellos, sus fieles devotos, la capa es *"talmente un caballo que tiene que compenetrarse con el jinete para enredarse los dos en majeza. Sólo falta echarle a sus pliegues una miaja de prestancia y otra de alegría para que ella solita se encandile"*.



Capa española forrada de seda con vuelta de terciopelo verde y capa corta con capucha, bordada en dorado y con flecos.



Ellos

Los caballeros de finales del ochocientos y principios del novecientos tenían muy en cuenta el carácter formal o informal de sus trajes. El protocolo era muy estricto en cuanto al tipo de vestido que debía llevarse para cada ocasión y hora del día.

Entre las prendas formales cabe distinguir las siguientes:

El frac: habitual en la época del polisón, era vestido de tarde; posteriormente, pasó a ser prenda de máxima gala para noche y en lugares cerrados.

El chaqué: que habiéndose utilizado para montar a caballo, pasó a ser la etiqueta de la mañana hasta el atardecer.

La levita: el traje formal de diario, con chaqueta más larga y amplia que el frac y faldones cruzados delante. Se usaba en el paseo, el trabajo, la iglesia, visitas de cortesía, etcétera.

El smoking: cuyo nombre significa "para fumar", servía para reuniones de hombres a última hora de la tarde o noche y para cenas y fiestas no protocolarias.

Cada uno de estos trajes se acompañaba de la correspondiente camisa, con variaciones notables en cuanto al tejido y la forma del cuello que, de lino blanco almidonado, a veces llegaba hasta la barbilla. La exigencia de dureza que había de presentar el cuello hacía que frecuentemente fuera una pieza independiente. Como adorno, existió también para cada atuendo y ocasión, momento en el que se introducían gran cantidad de modelos, de lazos, corbatas y anudados. El chaleco era irrenunciable, cruzado o sencillo; unas veces conjuntado y otras en contraste con el traje. Y, como remate, el sombrero de copa y el hongo, este último para ocasiones menos formales..

En cuanto a la ropa informal, puede decirse que se parece bastante a la que utilizamos hoy día. En principio, cuenta con un pantalón y una chaqueta sin faldones, que podían ser de tejido y color diferente. Las variaciones habría que buscarlas, principalmente, en la manera de ceñir el cuerpo según el largo y la estrechez de las dos prendas. Evidentemente, la evolución se produce en el sentido de la búsqueda de la comodidad, la influencia del deporte y la vida al aire libre, pues todas estas actividades marcan la pauta. Aún hoy al traje informal se le denomina *prenda de sport*. Entre finales y principios de siglo este era un modo de vestir joven e indicado para la mañana y el buen tiempo. Se hizo muy popular la chaqueta cortada de forma curva sobre las caderas y abotonada hasta bastante por encima del pecho. En Canarias, la calidez de su clima impuso que esta forma de vestir informal se confeccionara sin forros ni armaduras en algodón o lino de color blanco, y para la cabeza se adoptaran el fresco "*panamá*", sombrero de rejilla blanca importado de Cuba.

Tras la primera Guerra Mundial, los hombres no quisieron volver a los trajes rígidos ni a la severidad del negro. Se empezó a admitir que los hombres fueran al trabajo con prendas de *sport*. Mas tarde, la influencia de los Estados Unidos, sobre todo a través del cine, impuso el modo americano,

tanto que aún quedan personas que siguen denominando "*americana*" a la prenda superior del traje masculino: chaqueta cruzada, armada con hombreras grandes y abertura atrás; camisa entera; corbata de nudo, pantalones amplios con vueltas, rayas marcadas y sombrero flexible. La utilización del sombrero declinó con la aparición de las gafas de sol. Fue el presidente Kennedy el primer mandatario de una nación que se presentó en un acto oficial con la cabeza descubierta.

Hoy, *la levita* es una reliquia; el *chaqué* ha quedado relegado a las bodas; al *frac* se lo puede ver en actos académicos muy especiales o en conciertos para músicos y directores, y, finalmente, el *smoking*, sobre todo en Canarias, se usa en bodas y fiestas de noche.



Chistera, chalecos, uno blanco de hilo y otro negro de seda.
Lazos corbatas, corbatines y cuellos y puños rígidos de formas variadas. Finales 1800.



La boda

El traje de novia ha sido siempre foco principal de atención en todas las épocas. Para favorecer la expectación a su alrededor, el modelo suele mantenerse en secreto y no se desvela hasta el momento de su presentación ante todos los invitados a la ceremonia.

Durante siglos era costumbre que las mujeres se casaran con trajes de su tiempo y de su categoría, aunque más adornados y de la mejor calidad posible. El preferir casarse de color blanco data de mediados del siglo XIX. La reina Victoria de Inglaterra eligió dicho color para su boda en 1840 y la idea se extendió por el mundo entero. Así el blanco, que venía siendo símbolo de pureza y pulcritud, pasó a interpretarse también como signo de refinamiento social. A principios del siglo XX, todavía mucha gente se casaba con trajes de color; había damas que preferían vestidos azules, tórtola o color gamuza porque luego se podían usar en otras ocasiones durante los primeros años del matrimonio. Aun en 1950, el traje blanco, largo hasta el suelo y con cola, era un privilegio de las clases acomodadas; lo corriente entre la gente sencilla era un traje de chaqueta de color discreto y, acaso, un sombrero y guantes. En el caso del luto, el vestido había de ser negro, y ello implicaba que no se celebraba festejo alguno.

Hacia 1870 se va extendiendo el uso de la cola. Para los modistos el tamaño de la cola tiene su importancia. Según el escenario donde se vaya a lucir así han de ser los metros que se arrastren. En una ermita no se deben sobrepasar los cincuenta centímetros; en una capilla puede medir entre uno y dos metros y en una catedral a partir de dos metros se pueden llevar los que se quieran mientras se tengan suficientes pajes, damas y fuerzas para moverse con ellos. El velo es una tradición nacida de la boda de la española Eugenia de Montijo con Napoleón III en 1853. La que fue emperatriz de los franceses lo utilizó como tocado para ese día. Era tan elegante y bella que su forma de vestir marcaba tendencias de moda en toda Europa. Se la imitaba incluso en la corte inglesa. Los velos se llevaban largos prendidos en la cabeza con flores de azahar. Hasta hace muy pocos años era casi obligado que la novia entrara en el templo con el rostro cubierto por el velo. En cierto momento de la ceremonia, el novio le descubría la cara como símbolo de incorporación a un nuevo modo de vida.





Traje de novia de seda natural, compuesto de cuerpo y falda. Pelerina de gasa plisada, y adornos de encaje. Hacia 1900.



Fiestas populares

— *¿Dónde vas con mantón de Manila?*
¿Dónde vas con vestido chinés?
— *A lucirme y a ver la verbena...*
Y a los toros de Carabanchel

El dúo entre Julián y Susana, protagonistas de la famosa zarzuela de Bretón, La Verbena de La Paloma, nos da idea de la popularidad y uso del mantón de Manila ya en el año de su estreno, 1894.

Se cuenta que los primeros mantones chinos no eran más que trozos de seda que envolvían los fardos de tabaco procedentes de Filipinas. Recortados y doblados en pico, las cigarreras sevillanas los utilizaban para echárselos por los hombros. El nombre de la prenda, fabricada en China, tiene su origen en su procedencia. Una vez al año, el "Galeón Manila" partía de la capital filipina rumbo a Acapulco, llevando en sus bodegas, cuidadosamente empaquetados, los famosos mantones; allí desembarcaban e iniciaban, a lomos de mula, un complicado viaje hasta Veracruz, en el Caribe, donde volvían a embarcar hasta llegar a Sevilla.

El mantón se conoce en España desde el siglo XVIII, y un siglo más tarde ya es un codiciado complemento de la moda. En su país de origen, la seda bordada se usaba en la decoración del hogar y para el vestido de varones importantes. El remate de flecos, herencia árabe, se le añadió al llegar a España. Entre nosotros también se usó como adorno de la casa; no era raro ver un bello mantón cubrir una cama, descansar sobre un piano o celebrar en el balcón un día de fiesta; pero su destino principal fue envolver el cuerpo femenino. Llegó a ser la prenda del color y el salero, la preferida de tonadilleras y bailarinas, la que llenó de alegría las plazas de toros, las ferias y las verbenas. El teatro Guimerá de Santa Cruz adornó sus palcos y plateas con mantones de Manila en la celebración de un acto en homenaje a Alicia Navarro, nombrada Mis Europa el año 1935.

Los mantones son de muy variados tamaños, pero siempre cuadrados. Los talleres de bordado andaluces dieron trabajo a muchas artesanas que aprendían el oficio desde niñas. Un buen mantón ocupaba el trabajo de todo un año de una de aquellas bordadoras. Hoy la competencia de la máquina y la producción en serie los ha abaratado; pero quien haya heredado de su abuela o su bisabuela un mantón auténtico de seda, bordado a mano, que presuma de él y que lo conserve, pues tiene un verdadero tesoro.



Mantón de seda color carmín bordado a mano con motivos de flores blancas. Medidas: 1,50 x 1,50. Hacia 1920.





La lencería

Las mujeres siempre han tenido debilidad por la ropa interior hermosa. El simple placer de verla en sus cajones ordenada y perfumada les llena de orgullo. Las féminas de antaño disfrutaban viendo sus camisas, cubre-corsés, enaguas, pantalones, etcétera, sobre los cestones planos de mimbre donde se depositaba la ropa recién planchada. La lencería de entonces era de calidad, bien cosida y bella. Se adornaba profusamente de puntillas, bordados, jaretas, entredoses y lazadas, muchas lazadas. Había jovencitas hábiles que se confeccionaban ellas mismas su ajuar logrando verdaderas obras de arte. Afortunadamente, algunas piezas fueron gratas de conservar y han llegado hasta nuestro tiempo en perfecto estado.

El corsé: Esta prenda, que desde el Renacimiento venía oprimiendo el torso de las mujeres, se hizo más larga para conseguir apretar el abdomen y envolver también las caderas; se pretendía lograr la llamada silueta de "reloj de arena". La aplicación de varillas de acero, dispuestas por todo el contorno del corsé, impedía que la tela se enroscase. La dificultad de coser las varillas y rematarlas en sus extremos, para que no se incrustaran en la piel, hacía que en esta etapa la corsetería fuera un oficio masculino. La moda y la tecnología hicieron evolucionar a este tipo de prendas hacia formas más cómodas y sencillas; pero será la mujer renovada y libre del siglo XX la que, con la adopción de la faja elástica y el sujetador, ponga fin a su tiranía. No obstante, el uso del corsé emballenado pervivió largo tiempo. Muchas damas de edad aún los utilizaban en los años cincuenta y sesenta. Su porte erguido, sin utilizar los respaldos de las sillas cuando se sentaban, las delataba.

El cubre-corsé: El corsé, que la mujer de hoy puede ver como un refinado instrumento de tortura, en el pasado era considerado todo un símbolo de feminidad y belleza. Como esta prenda no estaba hecha para ser vista, lo normal era cubrirla con una especie de camisilla fina, el cubre-corsé.

Las ligas: El corsé solía llevar cosidas en la parte baja unas extensiones de goma con pinzas para sujetar las medias; aunque no era raro que las mujeres prefirieran sujetárselas con ligas redondas: unos aros o cintas elásticas que oprimían los muslos; lo que sin duda provocaba molestias dolorosas y trastornos circulatorios importantes.

La gorrita de levantar: Colocada por la mañana servía para esconder el encantador desorden de los cabellos de las damas, unas porque no sabían peinarse solas, tan complicada era la disposición de los rizos y moños que usaban; otras por la simple coquetería de estar favorecidas en casa desde muy temprano. Solían estar hechas de retales sobrantes de las labores. A tal fin existían unos saquitos donde se guardaban trozos de encaje, tiras bordadas y recortes de tejidos delicados.



Arriba: detalle de la parte trasera del corsé y del polisón. A la derecha observamos: polisón, corsé, cubrecorsé, pantaletas y gorrita de levantar. Los adornos y el primor de su confección demuestran la importancia que la mujer prestaba al hecho de poder sentirse bella también en la intimidad, hacia 1900.





La elegancia informal

"Para presumir hay que sufrir". Este dicho, vigente también para las mujeres de hoy, en tiempos anteriores a la primera Guerra Mundial tenía un alcance que cuesta imaginar. Torturada por armaduras ocultas que le impedían respirar, trajes como corazas que obligaban a posturas hieráticas y faldas que limitaban el cuerpo a un mínimo y parsimonioso desplazamiento, la dama elegante de entonces, en su vida de relación social, podría decirse que llegaba hasta el heroísmo. Afortunadamente la exigencia de tanta compostura y etiqueta sólo era obligatoria de puertas afuera. En el interior de su casa la situación cambiaba gracias a la indumentaria que los franceses denominaban *"tenue d'intérieur"* y entre nosotros se conoce por ropa de estar en casa, es decir, trajes sencillos y cómodos, pero al mismo tiempo aceptables para ser vistos y no tener que ocultarse ante nadie.

Este tipo de ropa de carácter informal podía usarse durante todo el día y estaba indicada para recibir amigos íntimos o familiares que podían presentarse en la casa en cualquier momento. Las reuniones y tertulias no protocolarias era frecuente que tuvieran lugar en salas de estar amplias, menos íntimas que el gabinete, pero no tan solemnes como el salón de respeto, aunque las más placenteras, ruidosas y divertidas, por lo tanto las preferidas por los jóvenes, eran las que se hacían al aire libre, en el patio o en el jardín particular, cuando lo había.

La ropa de estar en casa por lo general era amplia, larga sin rozar el suelo, hecha con tejidos más livianos que los de calle y en ocasiones tan primorosa y elaborada como la ropa de diario de salir. Se llevaba con chinelas, zapatos sin talón, y no exigía joyas ni complementos; únicamente al aire libre si hacía sol se lucía con pameles, y si hacía frío se acompañaba de un chal.

Cuando llegaba el buen tiempo las jovencitas gustaban de vestirse con trajes frescos de algodón blanco o de colores pastel; con volantes, jaretas y encajes; bellos y elegantes; favorecedores pero recatados, la mayoría de las veces hechos por ellas mismas, que la ociosidad, madre de todos los vicios, no les estaba permitida. Y así, entre el bordado, las devociones, el cuidado de las flores, la pintura, la música y la lectura de poemas no les quedaba casi ni tiempo para salir a la ventana a charlar un ratito con el novio cuando aún no entraba en la casa.



Vestidos de verano para casa y campo, en algodón ligero, compuestos de blusa cerrada en la espalda y falda. Principios del 1900.



Los años veinte

Al término de la primera Guerra Mundial, tanto los países vencedores como los vencidos padecieron tremendas dificultades económicas. Gran parte de la industria se había destruido y las tierras arrasadas o abandonadas habían dejado de producir. El paro ahogaba a la clase trabajadora mientras que a los burgueses y rentistas los empobrecía la inflación. Curiosamente, la recuperación trajo consigo la formación de fortunas inmensas y una nueva forma de vivir, ansiosa de placeres y alegría. Los jóvenes y los menos jóvenes, seducidos por lo que creían una paz perdurable, soñaban con veranear en San Sebastián, descansar en Baden-Baden, jugar en Estoril, bailar en París, conocer Nueva York y tener una aventura romántica en Venecia. De hecho, las actividades de ocio y diversión crecieron de modo escandaloso. Sin embargo, este frenesí, que alcanzó su cénit a mediados de los años veinte, se producía al margen de una muy distinta realidad social, una realidad determinada por la situación política en algunos países europeos. Mussolini llega al poder en 1922, Hitler dirige el partido nacional socialista desde 1921, Primo de Rivera establece la dictadura en España en 1923 y, ese mismo año, Lenin funda la URSS. En la España neutral las cosas eran tanto o más dramáticas que en el resto de Europa: la campaña en África se prolongó hasta el 1923 y, en el interior, la agitación política y los conflictos sociales condujeron al fin de la Monarquía en 1930 y a la instauración de la República en 1931. La década 1920-1930 será recordada como la de "los felices veinte", pero aquellos años ideales habrían de dar paso, en poco tiempo, a los trágicos años treinta.

El impacto de la guerra y sus consecuencias cambiaron no sólo la forma de vida de la mujer, sino también su apariencia. Con ayuda de las revistas y el cine, la moda se difundió mucho más ampliamente que en épocas anteriores. Podría decirse que en los años veinte todas las mujeres usaban, para vestirse, los mismos patrones: líneas rectas, vestidos cortos y sombreros de casco bien encajados en la cabeza que ocultaban un pelo corto y sencillo de peinar. Coco Chanel fue la diseñadora de ropa que mejor entendió la nueva situación, creando un estilo de formas sencillas y prácticas que prescindía del cuello alto y del corsé emballenado. Los tejidos siguieron la evolución, iniciada con el nuevo siglo, hacia la ligereza y vaporosidad. La gran novedad fue la aparición de la seda artificial para los vestidos de fiesta, una seda que se trabajaba cubierta de bordados, lentejuelas, azabaches o abalorios, es decir, elementos con los que los trajes ganarían en brillo y suntuosidad.

Por otro lado, como en los vestidos enteros y ligeros no era posible incluir bolsillos, se impuso el bolso de mano, que se llevaba tejido a juego con el traje y montado sobre un cierre metálico suspendido de una cadena. Gracias a los avances en el curtido y teñido, las pieles se empezaron a utilizar en apliques y confección de prendas de abrigo. Los zapatos no eran muy abiertos y se cerraban con una tira alrededor del tobillo: el charlestón y el foxtrot así lo exigían.



Vestido de tarde de seda artificial. Sobrefalda "art déco" de malla bordada con piedras negras y motivos geométricos. Hacia 1925.



La silueta femenina

La creación de los miriñaques de acero en 1856, permitió diseñar trajes muy vistosos y amplios sin tener que usar pesadas enaguas agobiantes. Sin embargo, la dificultad de movimientos y de relación con otras personas, que suponía el ocupar tanto espacio, hizo que la amplitud de la falda se desplazara progresivamente hacia la parte posterior del cuerpo. Gran parte de la tela que venía sobreabundando arrastrada en forma de cola por el suelo, se recogió curvada bajo la cintura con la ayuda de una nueva pieza portante: el polisón. Para exagerar la forma abultada, las faldas incorporaban sobrefaldas recogidas detrás, llenas de pliegues y volantes. Para equilibrar la figura empezó a favorecerse el alzado del busto lo que dio origen al cambio de perfil: del cuerpo "reloj de arena" se pasó al de "línea pichón". Progresivamente, el polisón fue reduciéndose y la falda comenzó a caer más en forma de "embudo".

Cuando el polisón desapareció, prácticamente hacia 1990, de alguna manera continuó la línea curva del cuerpo. Las mangas evolucionaron hacia la forma "jamón" y el busto, con ayuda del corsé, se adelantó e hizo prominente; incluso lo implementaba cuando la naturaleza no había sido lo suficientemente generosa. Una cabeza muy erguida y con volumen, sobre un cuello largo que se destacaba majestuoso remataba el conjunto. "La línea S" hacía furor entre las damas.

Sin embargo, lo que podía servir para las fiestas no se adecuaba a la nueva mujer de principios de siglo. Su papel en la sociedad era otro muy diferente, y la idea de sí misma también. La mujer europea inició una tenaz lucha por la paridad con el hombre, lucha que aún no se ha dado por terminada. El derecho al voto, la incorporación al mundo del trabajo o la elección libre de esposo fueron algunas de sus conquistas. El vestir refleja estos cambios. Los rígidos corpiños y las grandes faldas fueron reemplazados por una ropa más suave. Las faldas se estrecharon, en ocasiones hasta demasiado, y puesto que se llevaban sombreros enormes, la hechura de la mujer se calificó de "triángulo invertido".

Pero la profunda transformación de la silueta femenina se produjo ya avanzado el reinado de Alfonso XIII. Las faldas se acortaron, dejó de marcarse la cintura y las prendas holgadas hubieron de facilitar posturas y movimientos desenvueltos. La mujer trabajaba, hacía deporte, viajaba, se divertía y bailaba. Al ritmo del charlestón las curvas desaparecieron, se lucían los escotes, los brazos se mostraban sin recato hasta la sisa y a cualquier hora. Por emular a los hombres, las más lanzadas empezaron a fumar e, incluso, en el peinado la mujer deseaba parecer un chico. El perfil femenino adoptó forma de "tubo".

En España la etapa republicana, los tres años del alzamiento, y los primeros del franquismo fueron tiempos difíciles. El desorden, la guerra y el aislamiento provocaron un estancamiento de la moda. El vestuario de la población

evidenciaba la escasez y mala calidad de los tejidos. La necesidad de hacerse fuerte impuso a la mujer una confección de cortes sobrios y sencillos en consonancia con la línea militar. Los hombros altos y rectos, grandes solapas y caída vertical de las faldas con la añadidura del ansia en ganar altura mediante el uso de zapatos de plataforma de corcho y con peinados altos de tupés rellenos sobre la frente que el humor popular denominó "arriba España", dio como resultado la llamada "línea topolino".

Al finalizar la Guerra Mundial Europa recuperó un cierto bienestar. Ello dio paso a una figura más femenina que el cine se encargó de difundir: hombros redondeados, busto prominente, cintura de "avispa", caderas generosas y faldas amplias a las que el cancan de los cincuenta añadiría volumen.

A la derecha:
Vestidos de baile de gasa. El amarillo bordado con pedrería y el castaño con aplicaciones de encaje. Línea tubo. Hacia 1925.





El luto

No todas las culturas tienen el negro como el color del luto; para los árabes, por ejemplo, es el blanco. Así fue también en la Península Ibérica durante siglos; pero el hecho de que los siervos hubieran de compartir el duelo de sus señores y que el blanco les fuera gravoso y difícil de mantener hizo que, a partir del Renacimiento, se adoptara el negro como señal de la pérdida de un ser querido.

Las normas que regían el luto eran muy estrictas y estuvieron vigentes mucho tiempo, aunque con diferencias significativas entre las clases sociales y el grado de parentesco con el fallecido. Hasta casi los años 50, un padre suponía un año de luto riguroso y seis meses de alivio. El alivio consistía en ropa negra clareada de manchas blancas; el blanco, el gris y los tonos violeta también eran colores de alivio. La mayor exigencia del luto la padecía la viuda: además de ir vestida de negro y velar su cabeza del mismo color, debía de extender el luto a sus hijos aunque fueran niños; en su casa prohibía la música; no asistía a espectáculos; no podía escotarse ni enseñar los brazos, sus cartas y sus pañuelos estaban orlados de negro; incluso en algunas ciudades se reservaba a las viudas un lugar en el paseo. Una mujer afligida, en ocasiones, hacía extensible su luto para toda la vida. La Reina Victoria de Inglaterra, tras la muerte de su esposo, el Príncipe Alberto, en 1861, lo conservó durante 40 años. Curiosamente, su actitud dio lugar a una moda de vestidos oscuros o negros que adoptaron no sólo las damas inglesas, sino también las continentales.

Para un coleccionista de moda es fácil encontrar prendas antiguas bellas, interesantes, maravillosas, de telas fastuosas, cubiertas de cintas, encajes y pedrerías; pero negras, completamente negras. Repasemos las fotos antiguas, ¡Cuántas mujeres de negro! ¡Cuánto, luto!



Vestidos de luto riguroso, de luto y de alivio. Entre 1930 y 1945.



Complementos y accesorios

Inspiradas en el estilo del siglo XVIII, las chaquetillas abiertas por delante, ceñidas al cuerpo con faldoncillos de pliegues cayendo sobre las caderas y marchando mucho la línea de la cintura estuvieron muy de moda durante el último tercio del siglo XIX. Se solían llevar en armonía con el resto del vestido, hechas con el mismo tejido e igual tono que la falda. Pero no eran raras las que se llevaban en contraste. Algunas mujeres, sobre todo las más jóvenes disfrutaban teniendo varias y combinándolas con piezas distintas, de la misma manera que se hace hoy con las camisetitas y los jeans.

Si se observa el interior de estas chaquetillas —cuando van forradas se percibe que las piezas exteriores, de tejido mucho más delicado que las interiores, van cosidas al mismo tiempo— se puede entender que ayudaban a configurar la silueta a la manera que lo hacían los corsés; algunas incluso incorporaban ballenas para lograrlo mejor. En la cinturilla, la cinta que ajusta el talle, cuando la pieza era de calidad se solía poner la etiqueta. A finales del siglo XIX era frecuente que quienes diseñaban las prendas o los comercios de prestigio que las vendían las marcaran con su nombre.

Zapatos: sus formas y materiales han ido evolucionando a lo largo de los siglos: botas, sandalias; puntiagudos, anchos; con plataforma o tacón; de esparto o bordados con brillantes. Admiten toda la fantasía que se desee, su misión es proteger el pie aunque no es raro los que sirven más a la estética que a la salud de su dueño. De la etapa entre siglos que venimos contemplando cabe mencionar: las chinelas para recibir en casa que solían ser de cuero y seda fruncida; los botines abrochados hasta el tobillo, también de cuero y los zapatos para bailar, pensados cómodos para que se pudiera aguantar toda la noche danzando, cerrados y bien sujetos al pie.

Guantes: en una sociedad de clases como la que existía en Europa antes de la primera guerra mundial era muy importante, tanto para hombres como para mujeres, el cuidado de las manos. Una piel áspera, maltratada por la intemperie, además de unas uñas deterioradas eran signos de un trabajo manual inapropiado para quienes se consideraban por encima de, campesinos, marineros, artesanos servidores y asalariados en general. El hecho es que ninguna persona que pretendiera verse elegante era capaz de salir a la calle si no llevaba los guantes puestos. Algunas damas, aun en lugares cerrados, los llevaban como signo de distinción. Los dedos libres como en el caso de los mitones permitían asir las cosas con mayor facilidad.

Sombreros: Entre los múltiples elementos de la indumentaria que el hombre ha usado a lo largo de la historia, ninguno ha alcanzado la variedad de materiales utilizados, diversidad de tipos, nombres y riqueza de significados que los colocados sobre la cabeza. Como demostración de poder, identificación de jerarquías, protección, abrigo, situación social, simple coquetería o por higiene, tanto el hombre como la mujer han cubierto sus cabezas en todo tiempo con gorros, boinas, sombreros tocados, etcétera. Piezas todas que son testimonio de un pasado que desafía el presente. Hoy, la velocidad, las prisas, las gafas de sol y la falta de espacio, los han relegado al olvido, y sólo se mantienen como uniformidad en algunas profesiones, o como prendas de gala en acontecimientos sociales.



Vista interior de la prenda donde se aprecian los detalles de su confección.



Chaquetilla de seda verde tipo corpiño de la segunda mitad del siglo XIX.



Sombreros y zapatos de distintos momentos de la primera mitad del siglo XX.



Mitones, guantes de baile y de abrigo, en diferentes colores y materiales.



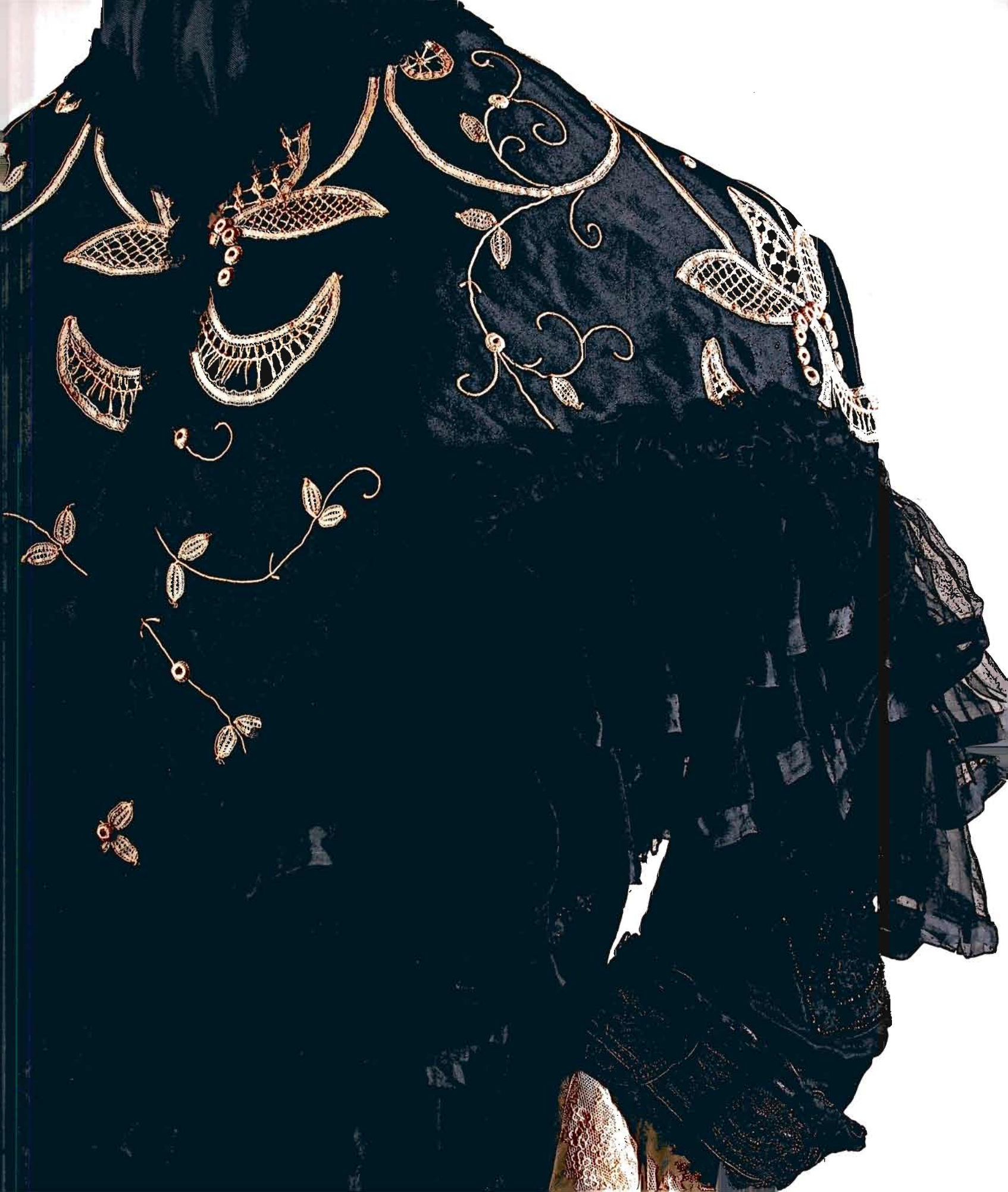
Otras piezas singulares



Falda y chaqueta de paseo. Hacia 1890.



Chaqueta, falda y capelina de visita. Hacia 1890.







Vestido de ceremonia. Hacia 1907.



Traje de calle, década de los años cuarenta.

Bibliografía

BOHEHN, Max von: *La Moda*. 2 vols. Salvat. Barcelona, 1947.

CALATI, M.: *El vestido a través de los tiempos*. Barcelona. Teide, 1969.

CRUZ RODRIGUEZ, Juan: *Textiles e indumentarias de Tenerife*. Juan de la Cruz Rodríguez. Tenerife, 1995.

DESLANDRES, Y: *El traje imagen del hombre*. Barcelona. Tusquets, 1985.

LAVER, James: *Breve historia del traje y la moda*. Madrid. Cátedra, 2005.

MORALES, M.L.: *La moda, el traje y las costumbres en la primera mitad del siglo XX*. 3 vols. Barcelona. Salvat, 1974.

ONIEVA, Mario: *Catálogo de la Exposición Sueños y ensueños*. Zaragoza. IberCaja, 2004.

Catálogo de la Exposición *Arte sobre la piel*. Zaragoza. IberCaja, 2005.

SUOH, Tamami y otros: *Moda. Una historia desde el siglo XVIII al XX*. Colonia. Taschen, 2003

V.V.A.A. *Guía del Museo del Traje*. Secretaría General Técnica del Ministerio de Cultura. Madrid, 2005.

Le musée de la mode. París. Phaidon, 2001.

FLECKER, Lara: *Costume Mounting*. Italia. BH, 2007.

JOHNSTON, Lucy: *La moda del siglo XIX en detalle*. Barcelona. GG, 2006.

